



EL COMBATE DE LA CONCEPCIÓN. HITO DE LA HISTORIA MILITAR DE CHILE

POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR DE PANORAMAS AHM

Es necesario recordar que, durante la Guerra del Pacífico, una vez ocupada la capital peruana –Lima— por Ejército chileno, la mayor parte de las tropas regresaron a Chile y quedaron de guarnición en el Perú unas cuantas unidades que llegarían a ser conocidas posteriormente como “los batallones olvidados”, debido al papel –muy desconocido y poco valorado— que cumplieron entre los años 1881 y 1884. Durante este período tuvo lugar la Campaña de la Sierra peruana y desde Lima se enviaron varias expediciones hacia las serranías de la cordillera de los Andes, con el fin de eliminar las fuerzas peruanas de resistencia que operaban en ese territorio.

El combate de la Concepción, acaecido los días 9 y 10 de julio de 1882, tiene como trasfondo una de esas expediciones que el gobierno de Chile dispuso –desde Santiago— que partiera desde Lima hacia el interior del Perú.

El nuevo escenario de las operaciones sería el departamento de Junín, situado inmediatamente al oriente de Lima. En este territorio corre de norte a sur el río Mantaro – inmediatamente después de trasmontada la primera cadena de montañas de la cordillera de los Andes, situada hacia el extremo occidental—, a lo largo de cuyo curso se levantaban pequeños poblados, de los cuales el más importante era Huancayo, y entre los cuales se ubicaba Concepción, situado este último aguas arriba –hacia el norte— partiendo desde Huancayo.

La sierra peruana era un territorio sumamente atrasado, tanto desde el punto de vista económico, como social y cultural. La abrumadora mayoría de su población constaba de indígenas que vivían muy sometidos desde los tiempos coloniales. Estos grupos humanos vivían en condiciones de extrema pobreza y sufrieron las exacciones de las fuerzas militares insurgentes que estaban al mando de Andrés Avelino Cáceres, las mismas que – paradójicamente—, debían velar por su libertad a integridad. Dichas confiscaciones se debían a la necesidad de mantener ese elevado contingente de hombres que Cáceres había podido organizar y disciplinar desde la misma Sierra. Además, esas fuerzas regulares estaban auxiliadas por montoneras de indígenas que durante las acciones de guerra solían intervenir después que las primeras hubieran hecho su parte. Todo esto dio a la guerra en la Sierra un carácter sumamente irregular y despiadado.



Este era el escenario que encontrarían las tropas chilenas que se internarían en el departamento de Junín durante el año de 1882. El jefe de las fuerzas chilenas de ocupación en el Perú, el almirante Patricio Lynch, era reacio a mandar hombres hacia el interior, especialmente cuando arreciaba la estación de lluvias y nevadas a comienzos de cada año. En vano trató de disuadir a las autoridades chilenas de Santiago, pues estas últimas estaban empeñadas en mandar una expedición hacia la Sierra, con el fin de someter, de una vez por todas, a Andrés Avelino Cáceres y su ejército.

Esas fuerzas partieron desde Lima el 1° de enero de 1882. Una vez cruzadas las más altas cotas del sendero que las llevaría al valle del río Mantaro, se desplegaron a lo largo de este último territorio en una línea que iba prácticamente desde Cerro de Pasco –por el norte–, y hasta más allá de Huancayo –por el sur–. Se trataba de una línea de ocupación excesivamente larga, donde cada pequeña guarnición –incluida la de Concepción– se hallaba sumamente expuesta a los ataques de las fuerzas regulares de Cáceres y de sus montoneras indígenas. Las tropas chilenas quedaron finalmente al mando del coronel Estanislao de Canto, quien estableció su cuartel general en Huancayo.

Las condiciones de vida y de operaciones de los efectivos chilenos no podían ser más adversas, pues a un clima muy frío y lluvioso, había que sumar un territorio económicamente exhausto –que difícilmente podía sostener a tan elevado número de hombres–, y habitando por una población sumamente hostil. A lo anterior había que agregar las enfermedades propias de las montañas, las cuales causaron numerosas bajas dentro de las fuerzas chilenas. Para colmo de los males, la alta concentración de hombres hizo que estallaran epidemias de viruela y fiebre tifoidea, que no hicieron otra cosa que empeorar la estadía de los chilenos en la Sierra.

La situación llegó a ser tan insostenible, que el coronel del Canto tuvo que optar por desocupar el departamento de Junín y volver a Lima. Esta última operación era muy arriesgada, pues tanto los efectivos de Cáceres como los habitantes indígenas estaban atentos ante las marchas de las columnas chilenas, esperando cada ocasión propicia para atacarlas. Esta realidad dio origen a los diversos combates que tuvieron lugar en la Sierra durante el año de 1882, de los cuales el más emblemático fue el que tuvo lugar en el poblado de Concepción.

Esta plaza estaba guarnecida por la Cuarta Compañía del Batallón Chacabuco 6° de Línea, comandada por el teniente Ignacio Carrera Pinto. Tenía bajo su mando a tres subtenientes: Julio Montt Salamanca, Arturo Pérez Canto y Luis Cruz Martínez, todos muy jóvenes. Y además dicha compañía contaba con 66 hombres, a los cuales había que agregar algunos más provenientes de otras compañías, y a tres mujeres que los acompañaban y que seguían a sus esposos. Una de ellas estaba encinta y tuvo a su hijo en la misma noche de los



días 9 y 10 de julio de 1882. El total de la guarnición militar chilena correspondía a 77 efectivos.

Cáceres tuvo noticias de la retirada chilena decidida por el coronel del Canto y aprestó a sus fuerzas para atacar las columnas chilenas. Entre sus subalternos estaba el coronel Juan Gastó, quien estaba a cargo de un cuerpo regular de soldados y de una numerosa montonera indígena, con los cuales marchó hacia el norte, siguiendo el curso del río Mantaro. En esa operación, Gastó se enteró de lo expuesta que se hallaba la guarnición chilena del pueblo de Concepción, por lo cual se determinó a atacarla.

Las fuerzas de Gastó se componían de unos 600 efectivos regulares provenientes de los batallones Pucará, Libres de Ayacucho y América. A ellos se sumaban cerca de 1.500 guerrilleros al mando del teniente coronel Domingo Cabrera y la indiada de Comas, dirigida por el guerrillero Ambrosio Salazar.

No quedaron sobrevivientes chilenos de este hecho de armas, por lo que su reconstrucción histórica se ha basado en los testimonios de los mismos habitantes que todavía quedaban en dicho poblado y también por los de los militares chilenos que arribaron a esa plaza, cuando el ataque ya había concluido.

Este último había empezado cerca de las dos y media de la tarde del día 9 de julio, duró toda la noche y terminó en la mañana del día siguiente. Apenas aparecieron las fuerzas peruanas de Gastó, el teniente –que para entonces ya había sido ascendido al rango de capitán– Carrera Pinto dispuso la defensa del pueblo, partiendo desde la plaza misma. Sin embargo, dada la abrumadora superioridad numérica del enemigo peruano, los chilenos tuvieron que ir replegándose gradualmente hacia el cuartel que estaba frente a la mencionada plaza y al lado de la iglesia de este pueblo.

Se fueron sucediendo los ataques de los peruanos, que eran respondidos por las acometidas de los chilenos. Inevitablemente comenzaron a producirse las bajas entre estos últimos, contando al mismo Carrera Pinto y a los subtenientes Montt Salamanca y Pérez Canto. Lo admirable de este combate fue que los chilenos rechazaron cada intimación de rendición que les ofrecía el enemigo, pues estaban resueltos a defender esa guarnición. Cuando ya quedaban muy pocos y viendo los peruanos que continuaban ofreciendo una tenaz resistencia, optaron estos últimos por incendiar el cuartel en el cual los primeros se hallaban replegados. Finalmente, solo quedaban el subteniente Cruz Martínez y cuatro soldados, todos los cuales terminaron falleciendo en combate.

Cuando el coronel del Canto y sus fuerzas arribaron a Concepción, provenientes desde Huancayo, pudieron contemplar un dantesco panorama: el cuartel en llamas y los cuerpos de los chilenos fallecidos repartidos –y destrozados– por la plaza de este pueblo. Esto incluía a las tres mujeres que componían dicha guarnición y al recién nacido de esa



fatídica noche. Del Canto ordenó la sepultación de los cuerpos de todos los fallecidos en una fosa y el incendio de la iglesia del pueblo, con el fin de que sus escombros taparan esos cuerpos y, de esa forma, evitar más profanaciones.

La retirada de las fuerzas chilenas hacia el norte continuó felizmente sin mayores incidentes, pero bajo condiciones muy penosas, debido al frío, a la lluvia, a las nieves y a la gran cantidad de enfermos que había que ayudar durante el desplazamiento. Con mucho esfuerzo pudieron cruzar las altas cotas de la cordillera occidental y llegar a Lima en forma marcial y ordenada, lo cual produjo también la admiración de los jefes militares chilenos que estaban en la capital peruana.

Se puede decir que las gestas del combate naval de Iquique –acaecido el 21 de mayo de 1879—y del combate de la Concepción –que tuvo lugar los días 9 y 10 de julio de 1882—, una de tipo naval y la otra de carácter militar, constituyen los hitos chilenos más gloriosos de la Guerra del Pacífico, pese a que –paradojalmente y en un sentido táctico— ambos combates resultaron ser derrotas para nuestro país. Sin embargo, en el sentido estratégico, ambos combates redundaron en beneficios para la causa de Chile, pues permitieron que las demás fuerzas navales y militares de nuestro país pudieran conseguir tanto ventajosas victorias posteriores, como el salvamento de gruesos contingentes de hombres.